

Nota sobre la noción de inconciente en Lacan

Carlos Sopena*

Al grupo de estudios de los jueves

RESUMEN

Lacan fundamenta la noción de inconciente en la función simbólica. Lo inconciente es una cadena significativa articulada que se repite e insiste para interferir en el discurso y el pensamiento concientes. Es otro discurso que se desarrolla en otro lugar según ciertas leyes que le son propias.

La exterioridad de lo simbólico con relación al hombre es la noción misma de lo inconciente. El orden simbólico no es creado por la conciencia sino que es constituyente del sujeto, que desde que nace pasa a formar parte de una cadena significativa en la que deberá estructurarse.

Existe una simultaneidad del acceso al lenguaje y de la formación de lo inconciente: desde el momento que habla el sujeto pasa a estar determinado por un discurso que falta a su disposición ya que él mismo está constituido como efecto de ese discurso. El sujeto es clivado al quedar excluido del campo significativo que lo determina, constituyéndose lo inconciente como represión originaria. Por el lenguaje hay escisión y por la escisión hay castración y deseo: imposibilidad de reunión con el objeto perdido.

Esto cuestiona las teorías de la personalidad: el sujeto de lo inconciente no puede ser definido como sujeto psicológico sino como sujeto descentrado con respecto a sí mismo y determinado por lo simbólico.

* Dirección: Marcelino Santa María 4, 2º izquierda, Madrid 16.

Lo inconciente es el discurso del Otro, es decir, un discurso externo al sujeto que alude a una instancia impersonal que trasciende al individuo y al nivel relacional. Otro lugar u otra escena a la que el hombre debe dirigirse en busca de su deseo y de su reconocimiento.

SUMMARY

Lacan fundamentals the notion of the unconscious on the symbolic function.

The unconscious is an articulated chain of significant that repeat themselves and insists in interfering speech and conscious thought. It is another speech that develops in another place and according to certain laws that belong to it.

The exteriority of the symbolic in relation to the human being is the very notion of the unconscious. The symbolic order is not a creation of conscience but a constituent of the subject, which from the moment of his birth becomes a part of the significant chain in which it must be structured.

There is a simultaneity between the access to language and the formation of the unconscious: from the moment the subject speaks he becomes determined by a speech that is not at his disposal so long as he himself is constituted as an effect of that speech. The subject is split the moment he remains excluded of the significant field which determines him, the unconscious constitutes as the primal repression. Because of language there is splitting, because of splitting there is castration and a wish: impossibility of joining with the lost object.

This questions the theory of personality: the subject of the unconscious cannot be defined as a psychological one but as a subject out of center with respect to himself and determined by the symbolic.

The unconscious is the speech of the Other, that means a speech external

to the subject which alludes to an impersonal instance which transcends the individual and his relational level. Other place or another scene to which men must direct themselves in search of his wishes and his recognition.

A punto de partida de la constatación de que el campo psicoanalítico es un campo de lenguaje, Lacan replantea el estatuto de lo inconciente. Al hacerlo, trata de demostrar que la noción de inconciente sólo toma su sentido pleno si se fundamenta en la función simbólica.

Lo inconciente —dice— no es una especie que define en la realidad psíquica el círculo de lo que no tiene el atributo (o la virtud) de la conciencia.¹ No debe ser confundido con lo no conciente.

No es lo instintivo.

No es lo arcaico.

No es lo primordial.

No es el lugar de las divinidades de la noche.

Es el discurso del Otro.

Lo inconciente es un discurso, discurso externo al sujeto puesto que es el discurso del Otro.

Es la estructura del lenguaje que la experiencia psicoanalítica descubre en lo inconciente. Freud había sostenido que el sueño es un *rébus* cuyo pensamiento inconciente debe ser descifrado. *El* sueño tiene la *estructura de una frase* y al analizarlo Freud descubrió las leyes del proceso primario: condensación, desplazamiento, que son las mismas leyes que descubre el análisis lingüístico: metáfora, metonimia.

Lacan añade que si el síntoma se resuelve en un análisis de lenguaje es porque él mismo está estructurado como un lenguaje cuya palabra debe ser liberada.²

Si el sueño o el síntoma pueden ser descifrados es porque están

¹ Ecrits, página 830.

² *Ibidem*, página 269.

inscritos en un proceso de escritura. En cuanto que formaciones de lo inconciente, no es una significación sino su relación con un sistema signifiante lo que las determina.³ Dichas formaciones se presentan como carentes de sentido y el sentido habrá que buscarlo en la estructura signifiante responsable de las mismas.

Lo inconciente no es significado latente sino significantes en cadena que en otro lugar —en otra escena, decía Freud— se repiten e insisten para interferir en el discurso y el pensamiento concientes. Irrupción de un no-sentido lógico, articulado de acuerdo con ciertas leyes que le son propias, y que por ello es contrario a la razón, discordante con la vida de la conciencia. Si en cambio se define lo inconciente como significación de lo manifiesto, la ausencia de sentido sería sólo aparente, puesto que derivaría de una circunstancial falta de comunicación entre distintos niveles de sentido. Esta sería una manera positiva de concebir lo inconciente como sede de los significados últimos. No es la de Lacan, para quien lo inconciente no es sentido sino que es letra y “lettre volée”, perdida.

La experiencia psicoanalítica es la puesta en juego de la realidad de lo inconciente, siendo un encuentro con lo real bajo la forma de la carencia. Es un encuentro con el no-ente, con una dimensión negativa que es idealmente inaccesible. No es algo irreal sino un real evanescente, cuasi real. Tampoco es algo realizado en el pasado; más bien es algo del orden de lo no-realizado o de lo que se realizará en el futuro como pasado, como algo que habrá sido. Lo inconciente podrá o no realizarse en lo simbólico, pasando por el lenguaje e integrándose a la historia del sujeto.⁴

“Lo inconciente es ese capítulo de mi historia que está señalado por un blanco u ocupado por una mentira: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte. A saber:

- en los monumentos: y esto es mi cuerpo, es decir, el núcleo histérico de la neurosis donde el síntoma histérico muestra la estructura de un lenguaje y se descifra como una inscripción que, una vez recogida, puede

³ *Ibidem*, página 445
Le Seminaire, I, página 181

sin pérdida grave ser destruida;

- en los documentos de archivos también: y estos son los recuerdos de mi infancia, impenetrables tanto como ellos, cuando no conozco su proveniencia;
- en la evolución semántica: y esto responde al *stock* y a las acepciones del vocabulario que me es particular, como al estilo de mi vida y a mi carácter;
- en las tradiciones también, y aun en las leyendas que bajo una forma heroificada vehiculan mi historia;
- en los rastros, finalmente, que conservan inevitablemente las distorsiones necesarias para la conexión del capítulo adulterado con los capítulos que lo enmarcan, y cuyo sentido restablecerá mi exégesis”.⁵

Lo inconciente está escrito y puede ser leído, y esto significa que lo único que puede encontrarse son inscripciones, rastros del objeto perdido. “Eurídice dos veces perdida, tal es la imagen más sensible que podríamos dar, en el mito, de lo que es la relación del Orfeo analista con lo inconciente”.⁶

Esa huella de lo perdido es la materialización del significante. El significante saussuriano no tiene vínculo interno con el significado, siendo dos órdenes distintos y separados. Es una ilusión creer que el significante responde a la función de representar al significado. La estructura del significante es su articulación con otros significantes en una cadena que se caracteriza por la oposición diferencial entre sus términos. El sentido no está en otro sitio que en las correlaciones de un significante con otros, y es allí donde hay que buscarlo porque el sentido insiste en la cadena significante, sin que ningún significante pueda ser reducido a una significación.

La separación entre significante y significado es la misma que existe entre inconciente y conciencia. Lacan define lo inconciente por la autonomía de la cadena significante, con las combinaciones que en ella se realizan, e insiste en la heterogeneidad de las leyes del proceso primario con respecto a las del sistema consciente-preconsciente. No se trata de distintos niveles de significación, uno profundo o latente y otro manifiesto, sino de dos sistemas con leyes

⁵ *Écrits*, página 259.

⁶ *Le Seminaire*, XI, página 27.

propias. Lo inconciente es otro discurso, un discurso que se sitúa en otro lugar, constituyendo un dominio distinto al del significado. Se hace entonces absolutamente necesaria la hipótesis freudiana de la doble inscripción, la que es concebida por Lacan como producto del desdoblamiento de un mismo significante en unidades significantes completamente diferentes, sobre todo topológicamente. Cada *una* de estas inscripciones, soportada por un mismo significante, tiene un alcance distinto debido a su lugar de soporte.⁷

La prioridad del significante no escapó a la consideración de Freud y Lacan nos recuerda. que ya en un trabajo de 1898 —*Sobre el mecanismo psíquico del olvido*—, explica su olvido del nombre Signorelli por las concatenaciones y sustituciones de significantes dentro de una cadena formada por el eslabonamiento de una serie de *nombres*. Allí hay un pasaje donde Freud da mayor relevancia a la concatenación entre significantes que a la afinidad conceptual, de significado. Dice lo siguiente: “La influencia que tomó inaccesible a mi memoria el nombre de Signorelli —o, como suelo expresarlo, que lo «reprimió»— sólo podía emanar de esa historia suprimida acerca de la valoración de la muerte y del placer sexual. De ser así, debería poder demostrarse la representación intermedia que sirvió para vincular ambos temas. La afinidad conceptual —en un caso el Juicio Final, el «día último», en el otro la muerte y la sexualidad— parece muy endeble; tratándose de la represión de un nombre, lo más probable era que la concatenación se hubiese establecido entre nombre y nombre.”⁸

Refiriéndose a la energía con que Freud rechazó todo intento de relativización del asesinato del padre considerado como drama inaugural de la humanidad, Lacan señala que lo que Freud mantenía al defender su mito era el rango primordial de ese significante que representa la paternidad. Es un significante primordial por la conexión de la paternidad con la muerte, que Freud ha destacado explícitamente en varias historias clínicas. El padre muerto

⁷ A. Rifflet Lemaire, *Lacan*, página 397.

⁸ S. Freud, *O. C.*, t. XXII. página 477.

adquiere mayor poder que el que tenía en vida, dice en *Tótem y tabú*. Para Lacan el verdadero padre, es decir, el padre simbólico, es el padre muerto. Este constituye la esencia de la paternidad, que está más allá del padre real y sus atributos; realiza el pasaje de la presencia del padre al nombre del padre, organizador *del* sistema del parentesco. Es *la función* paterna lo que da respuesta a la pregunta de Freud, ¿Qué es un padre?

La prevalencia otorgada al significante modifica la relación del sujeto con el lenguaje, porque de ser su creador pasa a ser su servidor. En efecto, si se da prioridad al significado y a la capacidad significativa o expresiva de los sujetos parlantes, el lenguaje es considerado un instrumento al servicio de las necesidades de la comunicación humana. En cambio para Lacan el orden simbólico es constituyente del sujeto, porque desde que habla o hablan de él está dentro de un discurso que lo trasciende, o sea, dentro de una cadena significativa en la que deberá estructurarse. Es una ilusión creer que el orden simbólico es formado por la conciencia. Si el hombre llega a pensar el orden simbólico —dice— es porque está allí apresado en su ser.⁹

El lenguaje es causa del sujeto. El sujeto no se constituye en su relación con el mundo, en su enlace con lo real, sino que lo hace en el orden simbólico. El símbolo tiene exterioridad y autonomía con relación al hombre, que nace ya inscrito en un orden simbólico y como efecto de la determinación de éste, capturado en las redes del simbolismo que lo precede y estructura.

La noción de sujeto no se refiere entonces a lo que el individuo experimenta interiormente, sino que apunta a una realidad transindividual. El sujeto está descentrado con respecto a sí mismo y determinado en su conducta y en su destino no por sus instintos ni por su carácter ni por los accidentes de su historia real, sino por su inserción en un discurso en el cual su lugar está inscrito ya en su nacimiento, aunque más no sea bajo la forma del nombre propio.

Esta exterioridad de lo simbólico con relación al hombre es la noción misma de lo inconciente. Un punto esencial y completamente original del concepto lacaniano de lo inconciente es la afirmación de que existe una simultaneidad del acceso al lenguaje y de la formación de lo inconciente. Es desde cuando habla que el sujeto pasa a estar determinado por un discurso que no puede

⁹ *Écrits*, página 53.

conocer porque él mismo está constituido como efecto de ese discurso. Lacan pone el lenguaje como condición de lo inconciente: si hay inconciente es porque el sujeto está subordinado al significante y es clivado al quedar excluido del campo significante que lo determina, constituyéndose al mismo tiempo lo inconciente como represión originaria. Por el lenguaje hay escisión y por la escisión hay castración y deseo: imposibilidad de reunirse con el objeto perdido.

Es también la estructura de una cadena significante la que puede explicar la represión y la repetición. Lo reprimido son significantes articulados, como en el olvido del nombre Signorelli. Esto tiene como consecuencia que si el sujeto reconoce algo, al mismo tiempo se verá forzado a reconocer una serie de otras cosas que le resultan intolerables. La represión sólo es comprensible si se refiere a la coherencia de un discurso.¹⁰ A su vez, el automatismo de repetición se explica para Lacan por la insistencia de la cadena significante. Es la relación del sujeto con el significante, al estar condenado a repetirlo, la expresión de la compulsión de repetición y de la pulsión de muerte.

El significante, que es la estructura de la determinación, en sí mismo no es más que el rastro de una nada, el símbolo de una ausencia. Es el ¡Ford, ¡Da! con que el niño nace al lenguaje y comienza a mantener una relación con la dialéctica ausencia - presencia. "Por la palabra, que es ya una presencia hecha de ausencia, la ausencia misma viene a nombrarse en un momento original cuya recreación perpetua captó el genio de Freud en el juego del niño."¹¹

Es el mundo de las palabras el que crea el mundo de las cosas. Lo real en sí mismo es vertiginosamente caótico e inabordable y es por la función de la palabra que eso puede ser articulado y ordenado de cierta manera. La noción de lo simbólico es la única que puede dar cuenta de la articulación de sentido, pues nada nos sería accesible si no estuviera marcado por el sello del significante y de sus leyes. El sujeto tiene la ilusión de que está frente al mundo, pero él y su relación con el mundo están envueltos por el lenguaje. Esto subvierte la teoría del conocimiento, puesto que si la relación del sujeto con el objeto pasa por el lenguaje, no hay conocimiento de lo real sino aproximación a la verdad.

¹⁰ *Las formaciones del inconciente*, página 94

¹¹ *Écrits*, página 276.

Pero la palabra, que engendra las cosas, es también la muerte de las cosas. En cuanto nombra una ausencia, la palabra implica la ausencia de la cosa, de la misma manera como el deseo implica la ausencia del objeto. El lenguaje no informa sino que evoca, dice Lacan. “El símbolo se manifiesta primeramente como muerte de la cosa y esta muerte constituye en el sujeto la eternización de su deseo.”¹²

Al estar la palabra en el centro del pensamiento de Lacan, también lo está la falta, el vacío. Como está en el centro del hombre ese vacío que es el deseo, indestructible al decir de Freud. Por el escamoteo del objeto el deseo es siempre deseo de otra cosa: nostalgia del objeto perdido que se tiende en repetición hacia el infinito.

Para finalizar, volvamos a la fórmula enigmática del comienzo: lo inconsciente es el discurso del Otro. Esto queda demostrado, según Lacan, en un trabajo que Freud tituló *Psicoanálisis y telepatía*, en el que menciona el caso de un analizando que había consultado a una adivina, presentándole la fecha de nacimiento de su cuñado. Ella le había dicho que, de acuerdo con el oráculo, esa persona moriría próximamente de una intoxicación con cangrejos o con ostras. Tiempo después, el joven decía a Freud que eso era extraordinario, porque si bien la profecía no se había cumplido, era cierto que meses antes de su visita a la adivina su cuñado había sufrido una intoxicación por cangrejos que lo tuvo a la muerte. Freud conjeturó entonces que el celoso joven había tenido en aquella oportunidad el siguiente pensamiento: “Bueno, esta vez ha salido con vida; pero no por ello renuncia a su peligroso amorío con mi hermana, y espero que la próxima vez muera por eso”. Este “espero”, dice, es el que luego se convertiría en la profecía, cuyo contenido coincide con el de una realización de deseos. Y agrega: “Se trata de un deseo extraordinariamente poderoso de una persona, que guardaba con la conciencia de ésta una relación peculiar, el cual puede alcanzar con la ayuda de una segunda persona expresión consciente bajo un tenue disfraz.”¹³ Es en el discurso de otro —en este caso de la adivina, convertida en médium de lo

¹² *Ibidem*, página 319.

¹³ S. Freud, *O. C.*, t. XXI, página 42.

inconciente— donde puede ser reconocido el deseo del sujeto. Pero repárese en que el joven consulta a la adivina y ella, a su vez, al oráculo, que es al que se le atribuye autoridad en la materia. Ambos quedan, pues, subordinados a una instancia impersonal, situada en un nivel que trasciende el de las relaciones humanas, y que es el lugar al que se plantean las preguntas. ¿Quién habla, entonces? Es la adivina en cuanto que Otro, puesto que trasmite la respuesta del oráculo.

Esta última pregunta puede ser formulada con respecto al análisis, y las semejanzas con la situación anterior no son casuales si se tiene en cuenta que el analista puede ser considerado un médium de lo inconciente. ¿Quién habla? El analizando no habla de sí —no tiene conciencia de sí desde que es sujeto clivado— sino que otro habla de él (“ça parle de lui”). ¿A quién habla? Al analista; pero éste también es otro, dado que su persona sufre un desdoblamiento por la transferencia y se duplica en el Otro en que la transferencia lo transforma. Es así como la interpretación —dice Lacan— va a ser recibida como proveniente del Otro que la transferencia supone que es. El que habla, entonces, es el Otro. Y el Otro es el principio del poder de la palabra del analista. Si el análisis no es un diálogo es porque no hay un sujeto frente a otro sujeto sino una relación siempre abierta al lugar simbólico. El analista puede descifrar lo inconciente pero él también, en cuanto sujeto, está bajo los efectos del significante.

El Otro no es otro sujeto real sino un lugar que puede ser aproximativamente definido como el lugar de despliegue de la palabra, el garante de la verdad a quien el sujeto dirige sus interrogantes esperando encontrar un oráculo, pero de donde le vuelve la pregunta, ¿Qué quieres?

BIBLIOGRAFÍA

Freud, S.: *Sobre el mecanismo psíquico del olvido*. Obras completas, tomo XXII, Santiago Rueda, Buenos Aires, 1 953.

Freud, S.: *Psicoanálisis y telepatía*. Obras completas, tomo XXI.

Koolhaas, G.: *¿Quién es el Otro?* Revista Uruguaya de Psicoanálisis, tomo XIII. n^o 4; 1971-72.

Lacan, J.: *Écrits*. Ed. du Seuil, París. 1966.

Lacan, J.: Le Séminaire, tomo 1. *Les écrits techniques de Freud*. Ed. du Seuil, París, 1975.

Lacan, J.: Le Séminaire, tomo XI. *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. Ed. du Senil, París, 1973.

Lacan, J.: *Las formaciones del inconciente*. Selección de O. Masotta. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1970.

Rifflet-Lemaire, A.: *Lacan*. La Gaya Ciencia, Barcelona. 1971.

Recibido el 30 de enero de 1976